

por aquí. Eso la pasará dentro de algunos meses.

Victoria apoyó una mano en el hombro de su marido, y como le viera irritado le dijo:

—Tienes razón en enfadarte... Sí, son bien miserables. ¡Acusar á una joven tan honrada y tan incapaz de cometer una falta!

—Eso he dicho yo; sin embargo, ¿y si fuera cierto?

—No, hombre, imposible. En fin, dejame á mí, yo la veré y dentro de unos días te diré la verdad.

XVII

Desesperación.

La noche era siniestra en efecto.

Era el invierno de los Pirineos con todos sus rigores.

Todo estaba cubierto bajo una espesa capa de nieve.

Hubiérase dicho que aquello era un mar blanco con olas enormes é inmóviles.

Las casas de Astos y Marignac desaparecían como ondulaciones casi imperceptibles en aquel caos que la oscuridad envolvía con su manto fatídico.

En el momento en que Juan Dantenac dejaba la posada de la Gamuza y entraba en su casa, en aquella casa que destinaba á su prometida y donde esperaba pasar tantos días felices, una luz vacilante y

débil salía de una de las ventanas de la casa del capitán Soubere, en el arrabal de Astos.

Aquella luz era, con seguridad, la única del barrio, y probablemente del pueblo entero de Marignac.

Estaba iluminando la habitación de Benedetta.

El resto de la casa permanecía en la sombra.

La luz del cuarto de Benedetta estaba apoyada en una mesa, delante de la que estaba sentada la joven con la cabeza apoyada en una de sus manos, mientras que con la otra escribía lentamente algunas líneas sobre un papel que regaban sus lágrimas.

Estaba completamente desconocida.

Su dulce rostro, tan delicado y tan fresco algunos meses antes, que se asemejaba al tierno capullo de una rosa, estaba pálido hasta llegar á la enfermiza lividez, surcado no por arrugas, sino por las huellas que en él dejaban las lágrimas devoradas en secreto.

Se sentía perdida, perdida hasta el punto que renunciaba á defenderse.

En su justo orgullo de inocente no quería descender á explicaciones humillantes. ¿Para qué luchar? ¿Acaso el mal no era irreparable? Todo se hundía con ella en aquel tremendo desastre: su amor, su felicidad, su porvenir, sus esperanzas. ¡Todo en fin!

Había decidido alejarse, y aquel papel

que de cuando en cuando recibía una lágrima ardiente como las primeras gotas de una tempestad, contenía su adiós al pasado, á su hermana, á la que tanto había querido y quería con pasión.

«Mi querida Marieta:

»Cuando te levantes mañana, no me encontrarás en esta casa, donde hemos pasado los años de nuestra infancia, los mejores sin duda, porque el porvenir que ante mí se abre es bien triste y sombrío.

»Es necesario que me marche, que desaparezca.

»¿Para qué he de explicarte la causa? Mañana, cuando esté á algunas leguas de tí, todo el mundo te lo dirá. Un grito universal se levantará para acusarme.

»Cien veces he estado á punto de confiarte mi secreto, que me ahogaba; pero la vergüenza me ha detenido.

»Al hacerlo se hubiera destrozado mi corazón.

»Si tomo la determinación de huir, de abandonar á Marignac, es porque dentro de algunas semanas, de algunos días tal vez, hubiera sido objeto de la burla y del escarnio de todos.

»¿Comprendes? ¿No sería un tormento intolerable?

»¿Y ahora dónde iré?

»¿Cómo ganar en adelante mi triste vida, y hazte cargo bien, la de mi hijo?

»¡Pobre ser, que me pierde, que me cubre de vergüenza, y que yo debería odiar,

y, sin embargo, le amo antes de nacer, considerando que es lo único que me resta!

»¡Es el hijo de un crimen!

»Todo el mundo se encogería de hombros si yo pretendiera justificarme.

»Tú me creerás, tú, Marieta, porque tú me conoces y sabes que soy incapaz de mentir, y que si hubiera cometido una falta, no vacilaría en confesarla, sabiendo que me quieres tanto que me perdonarías.

»¿Quién es el culpable? Yo misma no lo sé.

»La noche en que Juan vino á hablar á la tía, ¿te acuerdas? yo fui á acompañarle por el camino de Luchón.

»A su lado, el tiempo pasó velozmente, y fui con él hasta Gurán.

»Me volvía tranquilamente, cuando junto á los álamos de Gaud me detuvieron y violentamente me hicieron entrar en un carruaje.

»¿Adónde me llevaron? No lo sé, pero me figuro que á Luchón.

»Había perdido el conocimiento y no le recobré enteramente hasta que me encontré otra vez en el mismo sitio donde me habían arrebatado.

»Lo demás, tú lo adivinas, ¿verdad? tú comprendes las fatigas que he sufrido.

»Todo esto lo digo para tí y para la tía Julia. ¡No se lo digas á los demás!

»Guárdame el secreto.

»Adiós, mi querida Marieta, haz por

consolar á la buena tía. Ya te enviaré noticias mías, y aunque no sepas nada no tengas ninguna inquietud por mi suerte.

»Ya te lo he dicho, soy inocente. Lo juro por la salvación de mi alma. Si supiera que dudas de mí, me quitaría la vida sin vacilar, pues tanto me estorbaría.

»Adiós otra vez; me despido de ti llorando, así como de la tía Julia.

»Tu hermana,

»BENEDETTA.

»P. D. Dile á Juan lo que quieras, y trata de evitarle la pena. Que no se acuerde más de mí; que soy indigna de él, que no trate de buscarme, que busque una buena muchacha que le quiera y que se case con ella. No le costará trabajo encontrarla, porque es bueno y honrado. Adiós á todos, á Barrouse, á Rabastoul y al buen cura.

»¡Hay! ¿Qué pensarán de mí?

»Adiós.»

Cesó de escribir y se levantó. Estaba terminado.

Por fin iba á ejecutar el sacrificio ante el que había retrocedido tanto.

Levantó una cortinilla, y miró lo que por fuera pasaba.

La nieve continuaba cayendo.

Formaba una sábana inmensa, en la que se destacaban algunos árboles frutales con sus delgadas ramas cubiertas de nieve.

Causaba espanto contemplar aquella inmensidad, en la que la joven iba á perderse hasta llegar á la estación de Montrejeau.

¿Resistiría la joven aquella dura prueba? Tenía que andar cuatro leguas; pero la joven estaba decidida, y no quería subir al tren en ninguna de las estaciones próximas, donde podría ser reconocida.

Hizo un pequeño paquete con algunas cosas que quería llevar con ella.

Cuando todo estuvo arreglado, miró la hora en un pequeño reloj de plata que tenía.

Solamente eran las doce.

El tren salía de Montrejeau á las ocho próximamente, y por lo tanto la sobraba tiempo.

Se tendió en la cama, vestida como estaba, dejando encendida la bujía por miedo de dormirse.

¡Qué tristes reflexiones hacia, sumida en la soledad, sin confidente para sus amarguras, sin apoyo, sin guía que la dirigiera en aquella triste caminata, una de las más penosas entre los calvarios que un ser humano puede verse obligado á sufrir!

Por fin, impaciente, se levantó, se puso de rodillas al pie de su lecho y dirigió fervorosamente á Dios aquella plegaria que tantas veces le había dirigido, tomó su pequeño equipaje, envuelto en un pañuelo negro, y se dispuso á salir.

Antes de marchar, lanzó una última

mirada á aquel cuarto tan sencillo y tan pobre, pero tan alegre cuando le alumbraba el sol de la primavera, teniendo enfrente las verdes montañas que se elevaban por todas partes.

Estaba á punto de desfallecer. El corazón la flaqueaba pensando en la penosa etapa que la aguardaba. Hizo un último y vigoroso esfuerzo, y abriendo con mucho sigilo la puerta de su habitación, se encontró en el pasillo.

El primer paso, siempre el más difícil, estaba franqueado.

Bajó la escalera, llegó al piso bajo, y á los pocos pasos se encontró fuera, temblando que pudieran sorprenderla.

¡Ay! En el fondo del corazón lo deseaba.

Al menos hubiera podido llorar, depositando su terrible secreto en el pecho de su hermana, que la adoraba.

Sin embargo, no tuvo esa suerte.

Marieta dormía, lo mismo que la tía Julia, en su pabellón. Ninguna de las dos se apercibió de nada.

No hubo una mano que detuviera á aquella desgraciada en la puerta que con tanto trabajo iba á abandonar.

El viento se había calmado; la nieve ya no caía.

Pudo contemplar por última vez la casa paterna; envió un beso con la mano á aquellos seres queridos, á quienes iba á sumir en la más horrible desgracia; vió á lo lejos el campanario de la iglesia cu-

bierto de nieve, las casas de los vecinos que tan cariñosamente la habían tratado, y dando el último adiós á aquel pasado venturoso, se puso resueltamente en camino.

¿A qué necesitamos referir los sufrimientos de su viaje.

En el camino desierto que se extiende á orillas del Garona no encontró á nadie.

Durante algunas horas siguió siempre adelante con una energía extraordinaria. De cuando en cuando se detenía en los puentecillos, y apartando la nieve del pretil, se sentaba, descansando por breves instantes.

Por fin llegó al término de su camino.

El día había sucedido á la noche, pero una intensa niebla lo envolvía todo, ocultando á las gentes la forma de los objetos más próximos.

Muy pocos viajeros iban llegando á la estación de Montrejeau.

Allí entró también la joven, y sentada en un rincón esperó la llegada del tren.

Nadie se fijó en aquella mujer envuelta en un chal oscuro y que llevaba en la cabeza una mantilla negra.

Cuando se abrió el despacho de billetes, se acercó tímidamente y pidió el suyo con voz alterada.

—Para Burdeos, ¿me hace el favor?

—¿Para Tolosa?

—Sí, para Tolosa.

¡Qué más daba!

Algunos minutos después se colocaba

en un vagón de tercera clase, y desfallecida de hambre, de fatiga y de frío, mecida por el movimiento del tren, cayó en un sueño profundo y nervioso.

El pasado había concluido para ella; se la presentaba el porvenir desconocido y sombrío.

XVIII

Negocios

Han pasado cerca de ocho meses.

La primavera de 1884 estaba en todo su esplendor.

El 8 de junio, próximamente á las diez y media de la noche, el gabinete del barón Mosés en su hotel del barrio de Saint-Honoré, estaba discretamente alumbrado.

El dueño estaba ausente.

Un criado de gran estatura, vestido de negro y con corbata blanca, se paseaba solo con las manos cruzadas á la espalda, y la cabeza inclinada, en la actitud favorita de su dueño, que se complacía en imitar, cruzando á todo lo largo la magnífica habitación.

Es fácil reconocer al primer golpe de vista á nuestro amigo de Luchón, el alto y corpulento corruptor de Arros, Próspero Lagrippe, en una palabra.

Una puerta medio oculta en la pared se entreabrió y una picaresca cabeza de mujer apareció en el hueco.

Era Sebastiana Picot, doncella de la ba-

ronesa de Mosés, antes Elena de Ville-dieu.

Sebastiana era una agradable morenita de unos veinte años, algo baja, pero muy proporcionada y apetitosa.

El normando la recibió cariñosamente, haciendola entrar y acariciándola la barba con la mano.

—¡Oh! señor Próspero, ¿y si vienen?

El normando dejó oír un gruñido de desprecio.

—Déjame á mi, que sé muy bien lo que tengo que hacer. Todos los herejes están en la Opera y no volverán hasta las once. A propósito, no me has dicho lo que venías á hacer...

—¿Yo?

—Sí, tú; me parece que tu sitio no es éste, este es el gabinete del gran señor. Va á celebrarse una reunión... de negocios.

—Precisamente mi señora me ha dicho que su marido iba á asistir, y que ella iría sola á la Opera.

—¡Oh! sola.

—Es decir, con...

—¿El señor de Causседé?

—Sí.

El normando se apoderó de una de las manos de la doncella, que estrechó con cariño entre las suyas.

—Mira, mira Causседé, ese si que se pierde de vista. Me parece que está arrullando á su linda prima, ¿no te parece á tí? en confianza...